

0. Introducción

Durante la revuelta de Mayo de 1968, calles, fábricas, escuelas y universidades se convirtieron en el escenario de una representación espontánea destinada a subvertir la cultura burguesa.¹

Vaya por delante, este no es un libro más sobre Mayo del 68. Solo toma aquel fenómeno como motivo para reflexionar sobre el papel de los movimientos estudiantiles en las últimas décadas y en el futuro próximo. Comienza incluso alertando sobre los riesgos que se corren al convertir Mayo del 68 en un fetiche. La mitificación acaba por volverse en su contra. Al idealizarlo, su origen se pierde en el pasado, se convierte en un recuerdo más apto para nostálgicos deprimidos que para quienes creen que la democracia real es una asignatura siempre pendiente que exige la crítica, empezando por uno mismo. *Uno mismo* es cada ciudadano pero también los diferentes movimientos sociales empeñados en aumentar la justicia social. Entre ellos, el que forman los estudiantes cobra especial importancia si se recupera el sentido clásico que tiene este oficio. Estudiar significa cuestionarse las cosas, investigarlas, no fiarse de las apariencias ni de las razones que dan los políticos para tomar sus medidas.

El estudiante viene a ser, desde este punto de vista, una figura clave en el control de la gestión pública. Representa la ga-

¹ «May Events», *Encyclopædia Britannica Online* (<http://global.britannica.com/EBchecked/topic/1084804/May-Events>), consultado el 6 de abril de 2013.

rantía de los derechos de la ciudadanía en un nivel más primitivo, profundo, espontáneo que el que componen los órganos formales encargados expresamente por la Constitución de esas garantías. En una época en la que pierde legitimidad la confianza en las fuerzas parlamentarias de la oposición política y en la que la institución judicial se muestra más volátil que nunca —jueces y tribunales contradiciéndose—, cobra una relevancia especial ese otro tipo de fuentes no institucionales, primarias, como la que viene del estudiantado, capaz de dedicar su tiempo a la reflexión evaluadora de la acción política con la finalidad de reencauzarla constantemente en un segundo a través de la protesta social.

Para ello, razonaremos que el movimiento estudiantil moderno que arrancó en Mayo del 68 se ha convertido hoy en un fenómeno global, con muchas similitudes en los distintos países de nuestro entorno geográfico y cultural. Se hará especial referencia a los casos de Chile y de México. El movimiento estudiantil del país andino es una referencia imprescindible en los últimos años, por su extensión e intensidad. Además, Chile comparte con España una transición política reciente relativamente similar y además sirve de inspiración para las últimas reformas educativas. Por su parte, los acontecimientos del 68 en México fueron vividos de una forma especialmente traumática por la población, dando lugar a un proceso de mitificación colectiva en la que intervinieron medios de comunicación e intelectuales renombrados. En cierto modo, el 68 mexicano representa la antítesis del Mayo francés, no solo en la violencia —factor fundamental del debate sobre las señas de identidad de todo movimiento estudiantil— sino en la alianza con otras organizaciones sociales. Y sin embargo, la situación actual de la democracia mexicana deja tanto o más que desear que la francesa. En México, la mitificación no ha ayudado a crear y mantener una contestación estudiantil crítica y potente como en Chile, capaz de poner en jaque al Gobierno de turno. Antes al contrario, la reforma educativa anunciada casi al mismo tiem-

po que la española da una vuelta de tuerca más en las políticas educativas neoliberales. Chile, México y España comparten un rasgo fundamental que los hace acreedores de una reflexión común en este ensayo: ocupan los primeros puestos en materia de desigualdad social entre los países de la OCDE o en Europa.

Si con el fin de simplificar reducimos a tres las principales metas de Mayo del 68, veremos que en dos de ellas —la igualdad social y un sistema educativo menos burocrático y especializado—, hemos ido hacia atrás. Hasta tal punto que cuando se celebre el 50 aniversario, y si hacemos una previsión sensata con arreglo al modelo implantado, estaremos cerca de las antípodas de aquel sueño. Hoy en día, con los planes de Bolonia, la universidad europea en general y la española en particular está más dormida que nunca, pero sueña menos que nunca. La razón es que el eficientismo inoculado en la bella universidad durmiente, el mismo que, por cierto, se usa con las enseñanzas no universitarias también durmientes, funciona a la manera de un fuerte anestésico en las voluntades de cambio, llegando a provocar amnesia.

El estudiante-paciente, sometido a la dura disciplina de la competencia y la agenda más estresante y desquiciada de la historia de la educación, no tiene tiempo para reflexionar sobre el mundo que le rodea, para conectar sus estudios con la situación en la que vive, que es su primera y más urgente tarea, desde el punto de vista de la responsabilidad moral. Tampoco ejercita mucho la memoria, para aprovechar el legado de conquistas de derechos que obtuvieron sus homólogos en el pasado reciente con tanto esfuerzo.

Otros obstáculos se oponen a la reactivación de su conciencia social crítica y colectiva. Entre ellos destacan la fragmentación de las asociaciones y el egoísmo a nivel individual. Y aún habrá que sortear la dificultad derivada de las interpretaciones sesgadas de los ideales que inspiran a los estudiantes. La consecuencia siempre es la descalificación y deslegitimación de la protesta. La forma que toma finalmente la crítica se repite, con

ligeras variaciones, desde 1968 hasta nuestros días. Se les achaca a los estudiantes su poca coherencia, su falta de conocimiento e información, cierto infantilismo; en definitiva, que no saben lo que quieren, o peor aún, que lo que quieren es aprovechar la protesta para no estudiar, convertirla en una fiesta. Si analizamos las cosas a fondo, sin embargo, veremos cómo la opinión pública no se inventa esas creencias, cómo son alimentadas consciente e inconscientemente por las interpretaciones de intelectuales y medios de comunicación. Un ejemplo: en su diario de los sucesos de mayo en París, en 1968, Mavis Gallant, al describir el caos y el pánico que se apoderaba de la ciudad, y en concreto las colas ante los supermercados y los bancos, intercala frases como «Me enferman todos ellos» u «Odio a todos los parisinos...» (Gallant, 2008: 39-40). De esta forma, aplica de forma literaria la regla de oro del distanciamiento. Es de sobra conocido que para comprender la realidad hay que alejarse de ella; sin embargo, este consejo clásico es demasiado general y puede llegar a usarse incorrectamente. El arte de la observación equivale a una lente muy potente. Es cierto que si la acercamos demasiado al objeto veremos cómo los detalles se convierten en monstruos que destruyen la visión global coherente, pero lo mismo ocurre si alejamos la lente demasiado. En ambos casos, el efecto óptico es el mismo: la realidad parece absurda. Y ello ocurre —hágase si no la prueba— con cualquier objeto, lo mismo da que se trate de una religión, un partido político, el mercado o el amor. Todos ellos, cuando son narrados por un observador completamente distanciado, provocarán un efecto sorpresa en el lector, al poner de manifiesto mil y una diminutas contradicciones. Esto puede ser muy interesante si lo que busca el lector es simplemente divertirse. En ese caso, la caricatura de la realidad es una licencia oportuna. Pero cuando se aplica esta técnica literaria a un fenómeno social en el que el lector busca conocimiento verídico, lo que tenemos es un fraude en toda regla, una manipulación poco ética de la información. En ese nivel, el distanciamiento provoca un desquiciamiento del na-

rrador que se propaga al lector hasta hacerle pensar que aquello sobre lo que se informa, en este caso, las protestas estudiantiles que generan los sucesos de Mayo del 68, no tienen sentido. El lector, como el narrador, no solo observa, sino que se coloca en un centro de enjuiciamiento crítico que encarna los valores culturales de la persona perfecta en una cultura determinada. Es obvio que como individuo racional, como ciudadano solidario al tiempo que sensato y ejemplar, el gesto de acumular víveres y dinero es visto como primitivo, vulgar y egoísta. Como esta conducta reprochable es consecuencia de la revuelta estudiantil, se acaba dudando de la legitimidad de esta, pues ¿cómo puede algo digno generar comportamientos indignos? Este razonamiento es, por supuesto, simplista, automático y malicioso. Pero es el que estimula la lectura del diario citado, redactado bajo el delirio del distanciamiento que quema, la observación elevada al arte de la alucinación como estilo literario, a la manera de maestros franceses en el género como Céline. Tal vez por ello, en el prólogo escrito por la autora a una nueva edición en 1986, usa justamente ese término para describir los sucesos de Mayo del 68. Aquellos habrían sido justamente una «alucinación colectiva» consistente «en creer que la vida puede cambiar, de repente y para mejor» (Gallant, 2008: 11). Que el diario se presenta como documento de historia oral pero posee valor literario lo deja claro la autora, por cierto, en ese mismo prólogo, cuando confiesa que si *The New Yorker* no se lo hubiera pedido en su momento, no se habría «moleestado en mecanografiar y ordenar las notas» (*ibid.*: 12).

Aclaremos la idea con otro ejemplo. ¿Puede justificarse narrar la escena de los aviones nazis sobrevolando París desde un punto de vista puramente estético en el que, por ejemplo, advirtamos una frase musical en las sirenas y los gritos? Depende. Si quien lo cuenta lo hace como un paréntesis antes de morir o para evadirse por unos segundos del sufrimiento, como puro mecanismo de defensa ante el miedo, seguramente. Pero si la narración está desconectada del tono general de sufrimiento

de la escena —esto es, si olvida la tragedia— si quien narra se ausenta de su sufrimiento y del ajeno, siendo incluso capaz de «desconectar» y divertirse en medio del clímax, como si no fuera con él o con ella, como si nada pasara; si luego además desea publicarla como ejercicio de virtuosismo literario y no como crónica social que denuncia una injusticia, en ese supuesto caso, la acción es reprochable desde el punto de vista moral.

En suma, el distanciamiento no puede usarse para separarse de los que sufren ni de los que generan un movimiento de protesta social porque creen que los derechos y libertades de los ciudadanos son vulnerados. Hoy en día, como en otras épocas, los estudiantes no se equivocan cuando creen que la democracia es poco real o profunda, cuando critican que los menos pudientes no pueden, con el sistema educativo instalado o propuesto, proseguir sus estudios para mejorar sus oportunidades, cuando critican que el Estado de bienestar se desmorona, o que una sociedad basada en el consumo no puede llevarnos a un mundo más humano ni a un planeta más sano. Hoy, como en 1968, no faltará quien les achaque falta de información y de conocimientos sobre cultura política, sobre el importante papel que han desempeñado en nuestra historia reciente los partidos políticos. Seguramente en algún edificio universitario chileno, mexicano o español se podrían observar anécdotas parecidas a la que narra Gallant en la Sorbona de 1968, cuando al poner nuevos nombres a algunos de los anfiteatros, eliminaron el de algún héroe de la resistencia.

Los estudiantes son falibles y tienen contradicciones como cualquier ser humano, como la madre, el hijo o la abuela del narrador, cuando dicen o hacen algo contrario a lo que dijeron que iban a hacer. ¿Y qué hacemos en esos casos? ¿Deberemos expresarles nuestra sorpresa por el cambio de opinión de forma contundente o incluso hiriente o intentaremos ser comprensivos y tolerantes? Al distanciarse de los estudiantes y subrayar sus puntos débiles y sus contradicciones, al pintarlos como irresponsables y absurdos, se comete una doble falta. Por

un lado, se actúa de forma parcial al desviar la atención de los motivos argumentados. Por otro, se rompe la corriente de empatía, se destruye el beneficio de la duda, se aniquila el afecto y comprensión con quienes se están formando, los cuales tienen todo el derecho del mundo a equivocarse. ¿Podemos pedir a los jóvenes que nos devuelvan la ilusión, que nos saquen del pantano inmovilista del nihilismo, si al mismo tiempo les juzgamos como iguales, sin afecto y comprensión, achacándoles como defectos aquellos rasgos, como cierta ingenuidad, inocencia e idealismo, que son típicos de su edad y condición de estudiantes y cuya pérdida en la sociedad adulta es precisamente la causante de la mayor parte de sus problemas? El caso es que la falta de entendimiento entre profesores, alumnos y padres nunca fue mayor que en el momento actual, de donde se deduce o puede deducirse un potencial escenario de conflictos no exentos de violencia. Recordemos que una cuarta parte de los escolares menores de edad sufren algún tipo de acoso, mientras que más de la mitad parece justificar la violencia en algún grado, de acuerdo con algunos estudios recientes. La culpa no la tienen solo, como se tiende a creer a menudo, los videojuegos violentos o la falta de tiempo que dedican los padres a los hijos en general. Una buena parte de la responsabilidad recae en el sistema educativo, en la enseñanza que reciben, poco o nada adaptada a sus problemas y poco o nada afectiva. Más bien, por el contrario, saca del educando lo peor, la envidia y la ira, al apretar cada vez más las tuercas de la competencia; genera frustración y baja autoestima. Veremos cómo casos como el de Ángel, el estudiante chileno que entró en huelga de hambre al negarse el director de su instituto a readmitirlo tras su participación en una toma, prueban la idea del ambiente educativo hostil donde brilla por su ausencia no ya aquel derecho a la ternura reivindicado valientemente por algunos autores, sino el sentido común que siempre usó la tolerancia con los menores.

Por otro lado, veremos cómo en los últimos años algunos intelectuales parecen tentados a descargar contra la libertad y

el deseo la responsabilidad de la desigualdad galopante que nos tiene atenazados. El peligro de estas opiniones es que se transformen en mensajes subliminares que calen en la sensibilidad ideológica de los estudiantes, algo que, conectando con la falta de memoria histórica, podría empujarles a cierta soviétización del movimiento.

Sin embargo, la libertad es el gran motivo de celebración de Mayo del 68. No podemos esperar a perderla para valorarla en su justa medida. Tampoco deberíamos olvidar que en materia de derechos y libertades, los logros de doscientos años se pueden evaporar en unas pocas horas. No se puede trasladar inconscientemente el odio a los especuladores financieros que abusaron de su libertad de acción a la libertad misma. La libertad no es un pecado sino un medio que puede ser usado para pecar. Es la voluntad del ser humano, mediatizada por su cultura moral, la que incita o impide ese uso. Y es la educación la que modela aquella voluntad.

En este trabajo ahondaremos en estos aspectos con la finalidad de comprender lo que se plantea como uno de los enigmas más interesantes de nuestro tiempo: ¿por qué hoy no se da otro Mayo del 68 si hay los mismos motivos pero más fuertes, escandalosamente más fuertes?

Y sin embargo..., algo se mueve, y no solo en Chile. El 15 de otro mayo, el de 2011, asistimos al despertar de un conjunto de protestas ciudadanas que comienzan en la madrileña Puerta del Sol y se extienden por todo el país. Enseguida, aparecen réplicas del movimiento en otros países. Algunos grupos de estudiantes de diferentes niveles educativos parecen encontrar en esas chispas, tan dispares y heterogéneas, el calor necesario para relanzar la lucha por una enseñanza pública y universal que hoy se encuentra amenazada, como el resto del Estado de bienestar. Por cierto que la atmósfera mental y artística que se generó en el año 1968 fue tan rica e intensa que entre sus productos aparecieron profecías catastróficas sobre el fin de la educación. Se entiende, final de la educación moderna, de masas, inspirada en

los valores culturales de la burguesía. Tendremos la ocasión de comentarlas y de fijarnos en qué medida se han cumplido y en cuál otra han permitido al sistema educativo corregir su rumbo para evitar el colapso total, hoy, cuando vuelve a hablarse del fin de la educación pública, del fin de la universidad.

Los movimientos más o menos fuertes que se extienden desde 2011 en Chile y en España no son los únicos de la historia reciente. Se observaron también en los años ochenta del siglo pasado, mostrando igualmente sincronías en otros países, como México. En realidad, aquí mantendremos que las protestas de los estudiantes no se pueden explicar por un modelo lineal ni local, al menos no completamente. Al igual que las grandes crisis económicas, u otras catástrofes, no son previsible.

Las reformas educativas parecen dar vueltas y más vueltas a la desigualdad social, sin aprovechar la oportunidad para profundizar en la democracia, usando el sistema educativo como el medio privilegiado para distribuir las posiciones sociales con arreglo a una verdadera igualdad de oportunidades. Antes al contrario, el sistema educativo sigue siendo usado como principal instrumento de la reproducción social. Este fenómeno perverso convierte en probable la reaparición del movimiento estudiantil, aunque no sea posible prever el momento concreto ni el alcance del temblor. En una escala de 0 a 10, Mayo del 68 alcanzó un grado ciertamente espectacular. Las réplicas posteriores no parecen haber alcanzado ese punto —salvo tal vez el caso de Chile, país acostumbrado a los seísmos y a los grandes poetas, por tanto a los grandes soñadores—. Y sin embargo, un gran terremoto podría ocurrir mañana.